

Mi última visita a Rodríguez Marín

POR

el Marqués de San José de Serra

NO podía permanecer impasible la Real Academia Sevillana de Buenas Letras ante la llorada muerte del sabio polígrafo Excmo. Sr. D. Francisco Rodríguez Marín, honra y prez de las letras españolas. La Minerva Bética es la casa solariega de la cultura y el saber hispalense, en ella se han congregado siempre sus ingenios y todos aquellos que por su suelo han pasado. Por esto y para honrar su memoria, nuestro señor Director ha tenido la feliz idea de dedicarle un número de nuestro BOLETÍN al que ostentó el mismo cargo en la Real Academia Española, que sea como corona de flores que no se marchitan puesta sobre su tumba y que proclame continuamente a la posteridad el afecto, el cariño y la consideración que sentimos en esta casa por el Maestro.

El Sr. Rodríguez Marín nació en la próxima ciudad de Osuna el 27 de enero de 1855, haciendo sus primeros estudios en aquel Instituto, trasladándose al terminar éstos a nuestra ciudad para cursar en la Universidad Literaria la carrera de Derecho, y tan sólo un corto período de tiempo se ausentó para volver a su ciudad natal a trabajar en el foro de aquella después suprimida Audiencia; en Sevilla vivió, en ella se manifestó como notable jurisconsulto, aquí publicó muchos de sus mejores libros, desde aquel tomo de poesías *Suspiros*, en el año 1875, cuando aún no había terminado la carrera, hasta 1906 que dió a la estampa *Chilindrinas. Cuentos, artículos y otras bagatelas*,

llegando a publicar en esta época entre Sevilla y Osuna treinta y siete obras. Por los años 80 al 83 colaboró en el periódico *El Alabardero*, haciendo interesantes campañas y bellos artículos.

Donde encontró el mejor ambiente para sus cultas aficiones fué en nuestra Academia de Buenas Letras, haciendo su ingreso como numerario en el día de la Inmaculada del año 1895, con un notable discurso cuyo tema fué «De los refranes en general y en particular de los españoles», contestándole el laureado poeta D. Luis Montoto y Rautenstrauch. Prestó a ella toda su atención y cariño, dando lectura en sus reuniones a varios e interesantes trabajos. En la Academia y en las tertulias literarias del Duque de T'Serclaes y el Marqués de Jerez de los Caballeros, comenzó a tratar e intimar con los literatos de aquel tiempo: Montoto, Gómez Imaz, Vázquez Sánchez, Hazañas y Menéndez Pelayo, que tan aficionado fué a frecuentar nuestra ciudad; pero con quien más unido estaba fué con su maestro de la Universidad, el culto escritor D. José Fernández Espino, que siguió mientras vivió siendo su mentor en sus primeros trabajos y lides literarias. Lugar muy favorito para él fué el Ateneo y Sociedad de Excursiones, el cual lo nombró presidente en 1900, cargo que desempeñó con aplauso de sus miembros durante varios años. El Excmo. Ayuntamiento de Sevilla, teniendo en cuenta su gran renombre literario y especialmente por la publicación de su notable obra *Luis Barahona de Soto*, lo hizo su hijo adoptivo, como lo hicieron después varias poblaciones españolas.

No entra en los límites de estas notas el estudio de su meritisima y fecunda labor literaria como poeta, investigador, historiador, cervantista y folklorista andaluz, limitándome sólo a lo que el Maestro me dijo, lo que quizás pueda interesar a nuestros lectores y especialmente si son bibliófilos y sevillanos.

Siempre que iba por Madrid dedicaba una tarde a la visita de D. Francisco en su departamento particular de la Academia Española, y he de confesar que yo soy hombre poco aficionado a visitas, pero me eran éstas tan gratas y agradables que, aun a trueque de abandonar otras ocupaciones, nunca dejaba de hacerla. Tenían para mí estas entrevistas múltiples alicientes: la figura patriarcal del Maestro, el marco de su biblioteca ates-

tada de libros que yo curioseaba, su mesa de trabajo y sobre ella las cuartillas a medio terminar dejadas por mi entrada y sobre todo por su charla tan amena y agradable, en la que siempre se aprendía algo, y a esto es a lo que me he de referir en estas líneas.

Le hice la última visita poco tiempo antes de su muerte. Como siempre, me preguntó por sus amigos de Sevilla; comentó muy favorablemente el último libro de Santiago Montoto; yo le di cuenta de los preparativos que se hacían para el homenaje que se le consagraría, y al preguntarle si lo honraría con su presencia, me dijo que su estado de salud no le permitía hacer un viaje, pues ya apenas salía a la calle, y que estaba redactando unas cuartillas para que fueran leídas en tan solemne acto. «Ya he hecho —me replicó— mi última visita y por cierto ¡admírese usted! ha sido para ver dos mujeres: la Concepción del Louvre y la Dama de Elche, que han venido últimamente de París al Museo del Prado, y cuando regresé, y a pesar de haber llevado a mi médico por acompañante, volví tan fatigado que me convencí que cuando saliera otra vez de esta casa no sería por mis pies.»

Hacia poco tiempo que había fallecido mi tía Adelaida, la Marquesa de Jerez de los Caballeros, cuya pérdida supo por mí, y con este motivo empezó a recordar los tiempos, ya lejanos, de las tertulias del Duque y el Marqués, cuyas bibliotecas tuvo como suyas durante su estancia en Sevilla, lamentándose de la venta y salida para los Estados Unidos de la del Marqués de Jerez de los Caballeros, y al preguntarle yo si realmente era tan importante como se dice, me contestó algo que me impresionó profundamente: «Después de la pérdida de las colonias fué la mayor desgracia que tuvo España».

—Para mí —prosiguió— fué el disgusto más intenso que he tenido en mi vida y todavía, a pesar de los años transcurridos, lo sigo lamentando como el primer día, y además por haber tenido, aun contra mi voluntad, alguna culpa en ello. Tenía yo con Mr. Huntington antigua amistad y constante correspondencia epistolar y cuando vino a España se lo presenté al Marqués y lo llevé a visitar su biblioteca, quedando tan prendado de su contenido que al salir me dijo: «Si su amigo quiere vender sus

libros, hágale saber que pida precio por ellos, que estoy dispuesto a pagárselos». Yo le contesté que creía que el Marqués por nada se desprendería de ellos, pero me consideré en el deber de darle cuenta al mismo de nuestra conversación. ¡Nunca lo hubiera hecho!

—¿Y por qué se decidió el Marqués a venderlos cuando tanto amor y afición tenía a los libros?

—No fué por el dinero que le dieron, un millón doscientas mil pesetas, pues a él en aquel tiempo no le hacía falta por ser poseedor de una gran fortuna; lo hizo sola y exclusivamente para evitar disgustos familiares. Son las mujeres propias las mayores enemigas de los libros. Los bibliófilos son insaciables y el Marqués, que tenía gusto y medios para hacerlo, adquiría libros y libros en donde estuvieran y por el precio que le pedían. Fué llenando su casa de ellos en tal forma, que cuando ya no cabían en ella tuvo que adquirir otras vecinas, que derribó para hacer aquel magnífico salón en donde instaló la biblioteca, el que al poco tiempo fué insuficiente para contener los que continuamente llegaban nuevos.

Al morir el impresor D. Enrique Rasco, que tenía muchos y buenos volúmenes, los adquirió el Marqués, dando orden se los enviaran a su domicilio, y una buena mañana apareció ante su puerta una carroza con cuatro voluminosas cajas que contenían parte de ellos, y aquí fué Troya: la Marquesa montó en cólera y se negó rotundamente a que entraran más libros en su casa y a que descargaran las cajas. El altercado conyugal tomó caracteres de violencia y el Marqués, como siempre ocurre a los esposos, tuvo que ceder y ordenar llevaran a otro lugar los bultos. Desde aquel momento tomó la resolución de vender la biblioteca y al día siguiente telegrafió al Sr. Huntington aceptando por ella el precio que le ofrecía. Si una mujer, Eva, fué la culpable de la desgracia de la humanidad, Adelaida tuvo la culpa, quizás con la mejor buena fe, de esta gran pérdida para las letras españolas en general y especialmente para los bibliógrafos sevillanos.

Yo supe la noticia --agregó-- por Valdenebro (1) y quedé

(1) D. José M.^a Valdenebro y Cisneros, escritor y bibliófilo sevillano.

aterrado. No conformándome con esta merma de nuestro tesoro nacional, me puse al habla con el Marqués, vi a los Ministros para que fuera adquirida por el Estado y nada pude conseguir, no quedándome otro remedio que lamentar salieran de nuestra Patria aquellas joyas bibliográficas que con tanto cuidado había reunido el Marqués de Jerez de los Caballeros, en donde había muchos libros únicos de valor inapreciable. ¡Bien purgó la Marquesa su desamor a los libros! El Marqués, al perder su biblioteca, a la cual había dedicado los afanes de su vida, se encontró desorientado y aburrido; su casa le recordaba la colección perdida, y él, que antes sólo se había dedicado a su familia y a sus libros, se fué a Madrid, se entregó a la política, hizo vida disipada en la que perdió no sólo lo que le dieron por ellos, sino gran parte de su fortuna, y lo que algunos estimaron como un buen negocio, fué el principio de su ruina moral y material.

Como complemento de los párrafos anteriores diré que la biblioteca se vendió el año 1902, siendo adquirida por el multimillonario estadounidense Mr. Archer Milton Huntington, fundador de la Hispanic Society of America, como ya hemos dicho, en el precio de un millón doscientas mil pesetas, a más de otras cantidades que tuvo que pagar por el transporte y embalado, el cual se hizo con gran cuidado; cada libro, envuelto en papel de seda, iba en una caja de cartón a su tamaño y éstas en grandes cofres de madera forrados interiormente de latón. Este ilustre Mecenas la donó a la Sociedad, como ya había hecho antes con cuadros, libros y colecciones de inestimable valor. Entre sus más notables legados fué una iglesia católica, que construyó a sus expensas en los terrenos de la misma en Nueva York, con sus retablos y toda clase de detalles de gran valor y riqueza. A su inmensa fortuna unía condiciones personales muy apreciables, su gran amor a España, su vastísima cultura, siendo entendidísimo en libros, habiendo recorrido y estudiado todas las bibliotecas de Europa y España; escritor fácil, había publicado varias obras, entre ellas una, hoy muy rara, sobre las corridas de toros, que es la mejor y más completa descripción que se ha hecho sobre esta materia en lengua inglesa. Aunque privó a Sevilla de aquella riqueza bibliográfica de la biblioteca del Marqués de Jerez, parece que nos quiso compensar de ella

donando a su Excmo. Ayuntamiento los dos magníficos cuadros de Valdés Leal de Santa Clara defendiendo Asís de los sarracenos, que hoy figuran en nuestro Museo, y la estatua del Cid, obra de su segunda mujer, que decora uno de nuestros más bellos paseos.

Continuando con mi visita. Hablamos después de libros en general y me decía Rodríguez Marín que, desgraciadamente, o los gustos literarios iban por otros cauces, o se leía menos que antes, y a propósito de esto me refirió lo que le había ocurrido con su último libro, *La Gatomaquia de Cervantes*, que acababa de publicar. «Cuando terminé la obra, corrí, como se dice en el argot bibliográfico, el manuscrito por los libreros de Madrid, para que ellos me informaran sobre el número de ejemplares que creían se podrían vender, y de común acuerdo fijaron la tirada en dos mil volúmenes; así se hizo, y cuando se puso a la venta... ¡admírese usted! sólo llevo vendidos cuarenta y ocho. Si esto me pasa a mí y con un libro de Miguel de Cervantes, tengo motivo para afirmar hay pocas ganas de leer.»

Me despedí de él no sin antes regalarme algunas de sus últimas publicaciones. ¡Quién me había de decir que aquella despedida sería la última, y que a los pocos días desaparecería del mundo de los vivos aquel gran sabio, que firmó por modestia muchos de sus escritos con el seudónimo de Bachiller Francisco de Osuna, cuya pérdida lloraremos siempre los que tuvimos la satisfacción de tratarlo y conocer su gran valer y vastísima cultura!

¡Bien hace la Real Academia Sevillana de Buenas Letras en honrar su memoria dedicándole este homenaje, y ya que otra cosa no podemos hacer por él, elevemos a Dios nuestros votos para que por sus muchos merecimientos le conceda en la otra vida la paz eterna!

EL MARQUÉS DE SAN JOSÉ DE SERRA